

A black and white portrait of Paulina Vinderman, a woman with dark, curly hair, resting her chin on her hands and looking thoughtfully to the right. The background is a plain, light color.

T Paulina Vinderman
ransparencias

Arquitrave

T Paulina Vinderman
ransparencias

T Paulina Vinderman
ransparencias

Arquitrave

Transparencias
© Paulina Vinderman
© Arquitrave Editores
www.arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Querida Paulina

«La memoria acabará conmigo». El verso del poema octavo de «El muelle», salió a mi encuentro cuando abrí el libro al azar. Y me hizo volver a otros que destellaban en la penumbra, como los iniciales de «Dispersión»:

«Me subo a la única colina que existe en esta ciudad
—la de la imaginación—
y grito
es un ejemplar curioso de grito,
una violencia estéril que cae a los tumbos
como un barril y no deja ecos)»

Ese poema, leído hace casi diez años en *Escalera de incendio* (recuerdo nuestra lejana conversación sobre ese libro envidiable) se unió a dos versos de *Bulgaria*, el libro siguiente:

« Habíamos puesto ropa a secar
sobre árboles que susurraban en la oscuridad.»

Y, del maridaje, volvió a brotar uno de los rasgos distintivos de tu poesía de sólido oficio: la capacidad o el modo de desarrollar los temas partiendo de un hecho común, ascendiendo después —y qué difícil es esto—por la escala que elegiste para alcanzar la plenitud: ir rasgando los velos de lo real y lanzando por las tenues aberturas, objetos con poder de cambio, de transformación, que expresan, como bellamente se dice en «El buzón», un

«...íntimo mensaje, escrito
en la galería de la cordura»

ya pasado por el tamiz iluminador de la forma, o lo que es lo mismo, sometido al *don* del poeta, demiurgo que ignora a quién debe su poder.

Y ya estoy sumergido cerca de «El muelle», tu territorio personal: cerca, porque si hay algo que no sé (ni querría intentar) es la tarea del crítico, pez resbaladizo, prestigeador que babea su ambigüedad, generalmente mordiendo los bordes de la zona sagrada donde los poemas *vivos* han hecho jirones, malabarismos verbales, argucias, por el sólo hecho de existir, quiero decir por haber dado ojos a quienes no veían, oído a los sordos, espíritu a los incrédulos. (Siento haberme desmadrado: siempre me brotan estas profesiones de fe —algo histéricas, lo reconozco— cuando recuerdo los vacuos discursos basados en comuniones de amistad societaria que regularmente desvirtúan o silencian obras irrepetibles.)

No es tu caso: difícil sería—como fue difícil hacerlo en ocasión de *Escalera de incendio* y *Bulgaria*— maniobrar sobre los poemas de *El muelle*.

La verdadera poesía, la que no se puede definir, sólo *reconocer*, habla sobradamente por sí misma, no transa, exige respeto, en suma, sale victoriosa de cualquier acoso.

La tersura de los poemas de «El muelle» es, si hiciera falta, prueba suficiente. Tersura, pero no voz pequeña y suave adjudicable a lo femenino: la fuerza, el vigor que puede rastrearse de verso en verso adquiere en muchos momentos calidad de confesión cruelmente ex-

puesta, admirablemente fría (poema IX):

«La lluvia y la pasión andan sueltas por el mundo
como cabos sueltos de un velero en medio del océano.
Me despierto semiatontada, mañana tras mañana
con la sensación inequívoca del recuerdo de un desgarró.
Me peino ante la cafetera y salgo a la ciudad para
atar esos cabos, aún dentro de las tormentas más oscuras
y de la soledad más quieta.»

Tal vez la dificultad mayor de «El muelle» esté centrada (para el lector no amaestrado) en su velada intimidad, en su a veces renuente decisión confesional. La suma de las tres secciones no opera siempre como una ventana abierta sobre la historia personal: antes bien, las palabras guardan el encanto de cierta reserva.

Poemas que no olvidaré: VI, VIII, XIV, XVIII, XIX(El pacto), Fundaciones, Rastros y el espléndido poema final, Mayo, recordando a tu madre; ese poema que copio conmovido (los primeros nueve versos) justifica el libro y exhibe tu batalla entre el dolor, el amor y la memoria siempre alerta:

«Escribir es demasiado duro, no me fuerces a escribir.
En su lugar caligrafío palabras: helecho, ámbar,
persiana (del todo baja a la hora de la siesta).
Amar es demasiado difícil, no me obligues a amar.
Te dejé, como pediste, en una ciudad de juguete
abrazada a tu melancolía, esta vez dulce, esta vez falta
de argumentos mendigos.
¿No es eso amar?»

Querida Paulina, el fragor de la vida, el batifondo de la realidad cuya vil misión es distraernos, alejarnos de lo importante, no te arredra y «El muelle» ha nacido, estoy seguro, para liberar la poesía verdadera, indiscutible, esparciéndola generosamente sobre estos días grises de nuestra historia que se reitera dolorosamente, ciegamente.

Has creado belleza a partir de las palabras y eso te lo debemos, nosotros, los que existimos sólo por las palabras.

Lamento que mi salud, nunca cuidada, se haya quebrado y me impida acompañarte en la presentación del libro. Sin embargo, estaré allí, embozado en esta carta.

Con afecto

Rodolfo Godino

Bs. As., 4-11-2003

Y si hubiera nacido hombre

Y si hubiera nacido hombre
habría sido marinero
con una azul mortaja como lecho.

Madre, no me dijiste nunca
que había que pagar un precio
para hablar con las flores.
Detrás de tantas ventanas
las mujeres se peinan para recibirlos.
No me enseñaste nunca
que había que pagar un precio
por haber nacido mujer
y marinera.

Mi amor a punto de morir
no sabe
que amo únicamente ahora
que no hay vientre ni ola ni deseo.

Mi amor a punto de morir
no sabe
que únicamente lo amo porque muere
y quedo libre de todo excepto
de escribirlo
eligiendo los momentos del goce
como un conquistador antes del oro.

Mi amor no sabe
que el único al que amé
fue aquel marino de la fotografía
que jamás conocí.

Porque me enamoraba únicamente
de los derrotados.

Porque habrá naufragado
con una azul mortaja como lecho.

Porque sus ojos eran huérfanos
como los míos,
sucios de tormentas y remedios solitarios
contra el amor, la blandura,
la nostalgia de tierra.

Madre, no me enseñaste nunca
a ordenar mis pedazos
Me dejaste cortarme, cortarme,
con cuchillos de mar y de ventanas.
«Las mujeres se peinan, decías,
para recibirlos.»

Los juegos de Alicia

No sabemos, Alicia, de qué país se trata
cuando tomamos el té.

La tetera es ventruda
y sopla un viento demasiado satisfecho
sobre el jardín.

Tanto golpea el sol contra la azucarera
que las plantas desdibujan
su alrededor.

Se hace urgente correr hacia la hamaca
(aunque nuestra torpeza
haga estrellar la taza contra el mantel
y desaforar los ojos de los anfitriones),
para subir al sol sin regreso,
un país, Alicia,
desde donde todo verdor es distinguible
y donde la muerte está por sucedernos,
cada minuto sombra de columpio.

a la memoria de Raúl Gustavo Aguirre

La equilibrista

La equilibrista mueve su sombrilla
y su pie aletea sabiamente hacia adelante
y hacia atrás, hocico de luna dentro de su zapatilla
con lentejuelas.

Nadie sabe en las gradas
de sus ojos ahumados porque su amor ha muerto.
Y ella piensa, mientras los tambores
suenan lejanos desde el foso,
a qué regiones de trampa puede llevar
el dolor,
cuando la misma ceremonia de homenaje
ha de cumplirse
tanto si adelanta el pie sobre la cuerda
porque la vida espera
o si se deja caer, burbuja de color,
con la sombrilla cerrada como paracaídas inútil,
a un oscuro suelo, a su compasión.

La dama del mediodía

(poema sin adjetivos) a *Edgar Bayley*

La dama con sombrero de paja
camina desde el sol
hasta mi mesa en la arena.
No puedo ver sus ojos ni sus manos
pero sé que el mar
se incluye en su vestido
y su cintura se balancea
como las olas de aquella tarde.
Había roto mis uñas buscando almejas
sólo para dejarlas otra vez en su lugar
y no había tenido fuerzas
de construir castillos.
(La gaviota había muerto,
era plumas y pico en la brisa de las seis.)
La vida no es más que eso, pienso,
la lucha para no ahuyentar para siempre
a la dama del mediodía
- vestido de mar, balanceo de cintura -
sin siquiera haber reparado en sus pies.

Isla Tortuga

Me despierto feroz esta mañana,
con ganas de amor y desayuno de campo.
Me apodero de la ciudad
abandonada a los pájaros como un
pueblo costero después de una tormenta,
y pienso en lo que queda:
un promontorio,
un refugio áspero al que visita
un cartero con la bolsa vacía
y juega a los dados en la penumbra de la
cocina.

No espero nada del verano.
No espero nada del poema.
Hay que pintar esa puerta herrumbrada
y contarme algún cuento de cuando
los piratas eran serios, señores de palabra
seca
y corazón ablandado como una ciruela
dentro del jarro de ron.

Carta

Te escribo desde un ciudad fronteriza
absorta en el primer soplo del amanecer.
Hay mucho polvo
y el cielo por la tarde
no es rojo sino ocre
y las hojas de los árboles
corren con cierta violencia por las alcantarillas.
Me vas a preguntar por qué estoy aquí
—hace días—
qué espero en este pasillo extendido
hacia la bruma.
Y bien, pienso que algo ha de haber detrás
de estas canillas que gotean interminablemente,
de estas palabras descamándose
de las bocas de la gente
—por cierto, no dibujan serpentin
en el aire, más bien caen
y de noche, en el terraplén o en la ría
ninguna palabra danza con las constelaciones—
Extraño lugar.
Pero más extraño aún, es mi oído
afinándose en los cuartos calientes y opacos
buscando una alarma que no tenga
que ver con la ira,
una flor en la áspera identidad.
Me he —me han— convertido en un sabueso
entrenado para la vida,
pero así y todo es difícil dilucidar
porqué en el barro,
porqué en agujeros prendidos en los mapas
como viejos alfileres de sombrero.

Ha de haber una razón,
un detalle ampliado de la obstinada mente
que permita entender estos insectos sobre el
velador,
este deseo de movimiento en la asombrosa quietud
—como un teorema en la pizarra—,
este llamado.

Transparencias

Escribanme.
Resuelvo en medio de la crisis
volverme carta:
papeles que atravesen los océanos
como frágiles balsas
(para dar importancia a las tormentas)
Anoche llovió.
Los senderos se embarraron,
atrapé una luciérnaga equivocada
—y esquiva—
y después leí poemas isabelinos
hasta que amaneció
(Un cierto orden es el que sostiene
la soledad
y los abrazos)
Hoy tomé cerveza con un hombre cansado
—de ojos endiabladamente hermosos—
y enmudecimos
frente a un pueblo fantasmagórico
levantado sobre nosotros como una
pintura surreal.

Todos los días voy hasta el río
después del café. Todos los días desisto
de mirarme en el agua barrosa.
En realidad, ya ninguna transparencia es posible,
como si la vida se ocultara a sí misma
en el penacho de los cocoteros.
Como si la vida fuera todo y nada, orgullosa
de sus fosforecencias
hasta en las palabras, que finalmente nada dicen,

nada reclaman
sino el mínimo lugar en un universo
de ruido de sartenes
amores suntuosos
olas que arrasan las orillas
y códigos infinitos para desenterrar tesoros
(casi siempre con palas prestadas
y al amanecer.)

Simbad en la taza

Hay algo aquí, un sesgo irreal,
la luz vence por completo a los objetos.
Camino sobre conchillas
resplandecientes
y las preguntas se alzan al cielo, irreprochables
como palmeras.
Hay algo aquí, no es un sitio de infancia,
no hay peines sucios abandonados
al sol,
no hay bañistas, hebillas, concesiones.
Si me quedo el tiempo suficiente
veré al pescador regresar con su lámpara,
si me quedo el tiempo suficiente
y no desaparezco en una pieza de hotel
como un cangrejo asustado.

«Mi casa-habitación
contiene el abanico de la abuela»,
cuento a la mujer del pescador, y después de
la cena, mientras él fuma su cigarro de hoja,
les dibujo en mi cuaderno el abanico
hasta hacerlo luchar contra el viento
como una hoja de palma.

Hay algo aquí, tal vez sea el hogar.
Mi ciudad espera mientras tanto, atada
a la sordina de sus muelles
y contra uno de sus muros, seguramente,
una pareja, con furia, hace el amor.

«Hotel de France»

En esa ciudad llovía todo el tiempo,
es decir, llovió casi todo el tiempo que
permanecí.

Había un solo cine —todo un sobreviviente—
(donde también llovía)
y un río raquítico que la partía en dos.

Describo la ciudad por que fue allí donde
me enamoré sin remedio de mi propia frustración.
Releía revistas del sesenta en el hotel
vacío
y veía a los gatos desdoblar la niebla
en el patio de atrás.

No recuerdo cuándo apareció el sol,
la ventana trajo el olor de la fábrica de conservas,
y el paso de mudos habitantes pegados a la vida
como los clavos al suelo.

Finalmente un día conseguí partir,
cargada con el té contra la melancolía
de la dueña del hotel, y una humedad apasionada
sobre mi ropa.

A veces, infantilmente reclamo
la extravagancia de una carta.
Como si el lazo se hubiera establecido y ardiera
en los buzones por la noche.

Me subo a la rama de un roble y veo el cartel
de venta del hotel
fijando la distancia hacia lo prescindible,
o atando la historia a ciertos gestos:
el cucharón desafiante o el plumaje de aquel

pájaro
casi soñado a ras del charco.

Pero la verdad es sorda a mi orgullo
(aunque a veces parezca impresionar
las carreteras)
y nunca podré llegar a ver el revés de la lluvia,
de la suciedad de las esquinas,
y de la íntima danza de las liebres mientras
me dormía,
con las medias de indio puestas y el corazón en
cuclillas.
En realidad, las sirenas tampoco cantaron para mí,
y la comprensión
no fue más que una estrella que cae
de la tiniebla a la tiniebla.

Temuco, Chile, 1989

Campo quemado

Nada de todo esto se parece al miedo,
el miedo es un agujero donde uno se resguarda
antes de la acción.

Este vacío se parece al hambre, a una tierra
quemada.

Veo, desde la ruta, un último hurón apresurarse
a escapar, ningún pájaro queda.

Soy una mujer al borde de un camino, todos
mis gestos son los de partir.

Una vez bailé un vals en un hotel de lujo,
el mundo era rojo entonces, me sabía heroína,
ahora escribo sobre la heroicidad después de
lavarme la cara: alguna historia con buenos fracasados
en las márgenes del papel.

Con suavidad, empiezo a ajustar las señas bajo
el humo.

Hay un saludo a nadie, o a un pájaro irreal
posado otra vez en lo que queda de una rama.

Inconsistente y neutra,
alzo los párpados desde una luminosidad que
recuerdo,

como una actriz, antes de la representación,
en un teatro de provincia.

Iconos

Habíamos dispuesto que ésto era la vida:
los ojos de Hemingway joven entre las astas
de su víctima,
la ambigüedad de su tristeza y una flor.
La escritura posible —casi reverenciada—
era un camino de campo, una absorción cotidiana,
mi bolso estaba hinchado de libros, no de
píldoras
y me esforzaba en imaginar equipajes
para Madagascar.
Esa flor ilusoria sobre la mesa
no me quita el oxígeno (aprendí a respirar
hasta en pantanos)
y no me atemoriza tropezar con las sillas
en la noche oscura
o con el silencio, indómito y ruinoso
de un intervalo de sequía.
Pero algunos pétalos se han vuelto rígidos,
la corola es tan plena que parece grotesca
y mi escritorio ni siquiera tiene
la gracia de un madero flotante en un naufragio
pictórico.
No es —si se lo mira bien— un cambio tan notable:
sólo una dureza de maquillaje:
una hierba que de tan verde
empieza a cubrir el vaso que olvidé.
La ventana que de tan contemplada encierra
el crimen, el secreto y el investigador,
dentro de un espacio, apenas indulgente.

Postdata

Y todavía no te he hablado del
deterioro del correo en esta oscura provincia
del imperio.
El empleado únicamente gruñe
recostado contra un almanaque del año anterior
(un fondo excesivo de flores, vacas y montañas)
pero ahora lo enamoraron los destinos de mis cartas,
sonríe —algunas veces—
y puedo apostar que piensa en mí
cuando cruza los puentes rumbo a su almohada.
Uno puede adueñarse de los sueños de otros
para no morir, uno puede aceptar la vida como una
representación del deseo.
Así es que sin turbulencias, invento falsas
cartas a escribir —
exóticos remitentes en la mañana que tiembla—
y ese hombre y yo
volvemos a ser porosos, invencibles,
por un rato.

Escalera de incendio

Me asomo a la ventana como todas las tardes
para escribirte.

Este cielo es tan pálido que da miedo mirarlo
(y de los jacarandáes con el abuelo basta.)

Sé que estoy viva, es decir
camino calles y veo el trabajo del azar
en la arboleda.

Nada resplandece en los papeles que rondo,
el muchacho de la batería toca de seis a siete
mientras su madre visita amigas
con alguna receta para dejar de amar.

En todo caso la soledad es la que resplandece
y a veces la sequía,
quiero ver al infinito revolotear
en esa torpe batería:
una señal, la traición de una señal, la ficción
de una señal.

Nada es seguro, ya ni siquiera me desvelo
por una palabra para hacerte feliz.

Pasillos de hospital

En ese entonces yo creía estar conociendo
a la muerte.
Avanzaba por el corredor, el guardapolvo abierto
como una vela desplegada
y aunque mi corazón aún no era tan amargo,
sonaba natural sobrevivir
(siempre al borde de algo
y un mechero erótico ardiendo sobre los azulejos.)

Había una relación —como un zumbido—
entre la adolescente que volcaba su furia
sobre las sábanas,
y los viejos del patio: actores de segunda
a los que por primera vez daban el papel central.

¿Y quién podía sino, haber dormido?
La memoria me dice que flotaba —una gasa,
una venda—
muy cerca de la costa, que no tenía que ver
con nada ni con nadie.
Un ratón de jaula, domesticado por el miedo,
empezaba a roer —ahora lo sé— una canción.

El centro del mundo

No estoy en el centro del mundo, apenas una ciudad
de provincia
que respira a sus anchas bajo mi ventana.
Hay un viento caliente
y una estatua que se cree dorada por las tardes
y un vendedor de almohadas que me cambia sus relatos
por un cigarrillo.

Qué puede importar la sordidez del bolero
o el soneto a la baya del café.
Esta soledad crea chispas a su alrededor,
es orgullosa, irrepetible, diabólica, no se refleja
en el espejo,
pero fabrica un reino de este borde astillado.

La mañana parece tan irisada y absurda
como las cortinas del vestíbulo.

«Tengo otra historia, es de un mudo y un ángel,
su mercé, vale por dos».

Armenia, Colombia,

1992

Verano de 1954

Lanzo un sombrero imaginario al aire
y vivo otro día.
Escondida en algún lugar entre el cansancio
y el dolor, está la pasión.
Cierro los ojos en la oscuridad
y muero otro día.

Está arrojando el sombrero desde una terraza:
una chica flaca, de triste curiosidad.
Enfundada en un vestido más grande que sus sueños
(y en los sueños de otros.)

Qué era lo que cantaban todos alrededor,
hay un gran marco para una letra excluyente,

qué fue lo que cantaban.

Escondida en algún lugar entre la baranda
y el vacío, está la pasión.

En ninguna parte

Es una extranjera en su ciudad.
La delatan su furia, su pasión por narrar,
el uso de palabras que atesora como talismanes
bajo la lengua quieta:
zapote, encarnadura, cielo mayor,
tiene miedo a olvidar.

Las luces se hunden en su insomnio
como piedras contra la argamasa en el imaginario.
El mundo se interrumpe en cada carta que
espera
y sólo canta en sueños, los puños apretados,
quién sabe qué canción que huele a flores
o a la sordidez de algún bar, donde alguien le cuenta
su vida,
el hocico húmedo contra su oreja paciente.

Ella teme olvidar pero el gran olvido la espera
junto al río.
«Perderme en un bosque, morir por amor,
no diluirme como la témpera en el vaso, no ser
Diego de Zama en la ribera».

Regresa por calles bajas, temerosas,
se cruza con un afilador en bicicleta.
«Malecón», murmura.

Definitivamente, est  perdida.

Black Mask

En la novela negra
ella no se enamoraría del asesino,
sería la torva ingenua bailarina de cabaret
o la dulce —nada ingenua—
muñeca con ojos como ciervos, pelo
para agitar en el viento entre las acacias.

En la novela negra
no podría jamás cruzar la línea,
bajo su respiración
estarían los muros amarillos,
la seducción de un héroe al que abrazar.

Y ya no importaría la tensión del poema
o de su espalda
soportando el mundo.

En la novela negra ella no tendría esta asfixia,
este estribillo que envejece
a medida que come de su pan
y abre los brazos en la oscuridad
en un escándalo incumplido.

Si algo la habita
es la memoria de un puerto insignificante
y caluroso
donde la muerte no era un estallido
sino una conversación, una clara evidencia.

Mi hija escribe desde Londres

Mi hija escribe desde Londres:
La Tate Gallery sigue en su lugar,
su corazón de diamante sigue en su lugar.
Los leones de piedra
la vieron dibujar el plano del subte
con los marcadores rojos
y la fe absoluta de sus pies.
Arañitas de oro,
me dicen lo que sé:
no necesita de mis poemas ni mis lobos.
Ella puede cruzar todos los fosos,
elegir la distancia entre la voracidad
y el miedo.
Ella puede dormir con la muerte inclinada,
ella puede dormir.

Y no encontrar las marcas de mis murallas
o mis furias prometidas
(no sé qué tiempo hace, no sé si vive el griego
todavía)
en Kensington Place.

La muerte de la imaginación

El corazón no tiene quien le escriba,
nadie se atreve a cruzar la noche remando
en la intemperie

(nadie se ve)

Y si no fue más que un amor negro, susurrante
que nada da,
el viaje más lejano fue el de mi cabeza
hacia su hombro

(el más inútil)

La rama golpea en la terraza
pero es solamente oscura. El miedo
se sienta a comer un pastel en la cocina

(y dice que es real)

¿Alguien pudo tocar a la desesperación?

Terciopelo, papel de diario, una lata oxidada,
no hay vacuna contra las superficies.

El mundo es un hueco tapado con barniz

(y no respira)

El canje

En algunos poemas el arte es la acuarela,
el arte de la dilución, escribo,
y los cisnes de Natales se esfuman ante la palabra cisne.
La vida se esconde detrás del color
para engañarme,
la vida corre el riesgo de convertirse en una carta infinita.

«Una moneda por cada palabra me daba
el tiempo,
lo invitaba a pasar
(él siempre iba apurado),
le regalaba una estampilla rara y un vaso de té frío».

En algunos poemas el arte es el tatuaje, escribo,
y añadido: las palabras duelen mucho más
que el peso de las cosas.

A veces el mundo es lento y viejo como una casa
que huele a barco y a bodega
y recibe a las gaviotas como grandes presencias.
A veces el mundo me devuelve
la visita del tiempo —afable pero firme—
que reclama su parte del león.

Abro las alacenas, muestro el cielo.
El fulgor de las pocas palabras que me quedan
es mi oscura tensión
—en el fondo de mi dicha—
la belleza de aquellas palmeras despeinadas
contra la lancha a punto de partir.

Cónsul honoraria

Te escribo desde la nada,
pequeña oscura funcionaria que ni siquiera ve el río.
La cúpula rota se refleja en los charcos
cuando llueve
y es el único sitio en que brilla el destierro,
la única moneda que parece de oro.

A la hora del café todos hablan de nada,
se espera una tormenta
(que pueda desprender el esmalte del aire)
o la notificación de otro destino.
Me siento como un cónsul en mi propia ciudad:
un poema reseco debajo del informe,
la mitad de una carta,
una invitación para la fiesta en el muelle.

Esa mujer con los ojos muy pintados debo ser yo,
la que saluda bajo la luz naranja
de los faroles de papel e imagina a una goleta
amarrada a unos pasos
y a su escritorio flotando en alta mar.
El viento es débil
y la humedad de las plantas el punto de impresión.

Una ciudad, otra ciudad, se inclinan sobre mi vida
con su historia
(y no lloran la mía)
Nombres tan fuertes como árboles,
tienen razones para llegar al cielo e intentar
resistir al huracán (que también gime un nombre)

Cónsul honoraria II

Finalmente una tarde a punto de extinguirse
llega la notificación.
Habla de un destino remoto, tropical, casi ansiado,
de una inseguridad sutil.
Pero esta ciudad es una serpiente que muda de piel
y ya no puede recordar sus sueños.
La luz cae como una casa que se derrumba
y me enamoro de este corredor de piedra, de esta orfandad
cargada de lenguaje.

El cafetero espera para cobrar su deuda
mientras hago entrar en una caja azul varios años
y un día.

Es una derrota y un salvoconducto
y la emoción un simulacro de incendio de la memoria
tan fallido como real.

Miro mi árbol y guardo el lápiz mordido en la base,
como si fuera un incensario precolombino.
Esa mujer que se pierde en la noche, incandescente
de angustia, debo ser yo.
Una noche suave, indefinida,
lavada por las estrellas jóvenes.

Bajo las arcadas del Paseo
veo cómo la luna se fotografía a sí misma sobre cada
columna:
vaticinios de una chatarra que no contemplaré.
La migración es tan vieja como la historia,
pero la historia es una laguna seca esta noche.

Voy por un mapa, los poemas de Yeats
y alguna camisa para dormir.
No me daré vuelta,
no bordé mis iniciales sobre nada ni nadie
en esta ciudad calcinada
(la ciudad donde los leones lloran).

La vieja furia por no saber donde piso está presente
(como un clásico)
Una niebla que se levanta del agua
y oculta el horizonte.
Veo mis pies,
veo el repliegue,
la noche que termina sin haber empezado,
un cuaderno de notas en los hospitales del mundo.
Una locura de cristal,
acuartelada.

Bulgaria

Si el infierno fuera un color
ése sería el color de la piel de mi padre esta mañana.
Carver agregaría huevos revueltos en la sartén,
una hornalla carcomida, palabras pesadas como piedras,
piedras del color resinoso del suburbio.
Un perro amarillo olfatearía los restos,
y la enfermedad y el espionaje.
Pero no puede haber perros en el departamento de mi padre.
Hay un vaso irrompible de té a medio tomar
atrapando el sol
entre el reloj pulsera y una estación de tren
que emerge de la llanura más próspera de la tierra.

—Anoche soñé— quiero decirle que sacaba un
pasaje para Bulgaria.
Pero es difícil hablar de sueños a un hombre como mi padre.

Ni sueños ni palabras. Escasas acciones
(como luces de linterna),
salvatajes prolijos de rincón.
No entiende de plasticidad,
no entiende de confianza,
él sabe de los bordes del mundo y de sus héroes
pero reduce su lírica a cenizas
y las guarda en su valija de cartón.

Aquellas estaciones de tren
deciden su escenario,
el único que acepta
(por poco tiempo y esa es su tragedia:
el exilio, el no volver.)

Se diría que siempre lo espera
una partida de cartas sobre una mesa
improvisada con durmientes.
El jefe de estación, el boticario,
el comisario del pueblo, a veces nadie.
A veces juega contra nadie,
mi padre, en un vacío
que domina.
Un pacto de silencio con el destino.

Ni sueños ni palabras.
Ha roto con paciencia infinita,
a lo largo de los años,
todas mis cartas
y conservó los alambres, cortaplumas,
sacacorchos, una agujereadora anaranjada
y un cuadro donde el mar
está pintado con tan poca fe
que no sabe si quedarse cuando llegue la noche.

Ni sueños ni palabras.

Aprieta mi mano sin fuerza,
sus dedos se mueven buscando una oportunidad,
no una certeza:
mi presencia imposible en un muelle,
una bodega,
con un perro de otro
que husmea un viento de río
frente a un horizonte incendiado.

—Anoche soñé que sacaba un pasaje para Bulgaria—
quiero decirle.
Llego a una ciudad amplia y resuelta,
apoyada en un mar interior
(un mar de manual, con muchos barcos enhiestos.)
Inexplicablemente la ciudad está callada
y resuenan mis pasos sobre las calles.
Universidad, dice un cartel,
y otro me envía a las ruinas de un templo griego
que instala la armonía en mi ceguera.
Feliz y salvaje por haber escapado,
devoro una salchicha contra el portón de hierro
de una fábrica.

No me despertaré, me digo, no sabré nunca
que no estoy tan lejos como pensaba,
no me dolerá odiarte:
como cien cuchillos,
como mil inviernos,
como el anillo que estrecha mi nombre y el tuyo,
como el lustre opaco que le dimos al encierro,
esta ausencia trabajada,
padre, del color de tu piel.

Mayo

a la memoria de mi madre

Escribir es demasiado duro,
no me fuerces a escribir.
En su lugar caligrafío palabras:
helecho, ámbar, persiana
(del todo baja a la hora de la siesta.)
Amar es demasiado difícil,
no me obligues a amar.
Te dejé, como pediste, en una ciudad de juguete
abrazada a tu melancolía, esta vez dulce, esta vez falta
de argumentos mendigos.
¿ No es eso amar?
Comprender tu enojo, tu dedal prisionero sin rescatarte
(ah, no me era posible, nunca fue posible.)

El cielo es un espejo empañado, el viento mudo;
te dejan en un embarcadero
mientras aliso mi pelo para un largo invierno.

Si odiabas mis palabras
porqué pedirme que escriba, ahora que no estás.
Me inclino sobre la mesa y busco en mi orgullo
una oscilación que sirva (otro riesgo,
otra derrota, otro salto)
para el susurro del mundo
sobre el papel.
Algo de lo que me fuera destinado.
Esa ciudad de tinta y torres que te excluía.

Te preguntabas qué buscaba.
Me vestías de terciopelo azul para una eterna fiesta
y mi cuerpo soñaba con la desnudez
en praderas difíciles de recorrer,
entretejidas de luz,
de soledad y de un viento que habla
sólo a los que acuden humildes,
semiasfixiados, a su casa.

El cielo es un espejo empañado, el viento mudo;
te dejan en un embarcadero
mientras aliso mi pelo para un largo invierno.

La eternidad es el tintero involcable
(que conseguí volcar)
y mis pies que intentan la belleza,
con las zapatillas de danza,
sobre una madera cansada.

El muelle

(2003)

«Poi piove dentro a l'alta fantasía»
Dante Alighieri

I

Cuando el otoño llegue va a empezar la novela, dice,
y señala en el aire un café como quien señala el destino,
dueña de esa música ambigua y perfecta que crea el corazón.
Habrá un sueño para seguir, en un paisaje carbonizado .
Un río para seguir, de orillas monótonas
con árboles dormidos como grandes elefantes.
Habrá pequeñas anotaciones en los bordes de las hojas
como si la vida interfiriera,
como si chamuscara un pergamino para envejecerlo,
como si la memoria recortara en papel glacé
las indecisiones, la epopeya privada.

Planea los silencios, la inconstancia, la vaguedad
como focos de poder
sobre lo que no se puede recordar pero se sabe.
Un abanico para su fiebre cuando surja:
Pensar la aridez
en el atardecer del pueblo más opaco, menos elocuente
que pueda dar una escenografía
a la emoción crónica de la realidad distorsionada por el arte.
La flauta del pastor en el museo local.
Las murallas bajo la amplitud de la noche.
Y una fuente, donde sentarse a conversar con el personaje,
todavía huraño, todavía presuntuoso,
en el centro exacto de su historia.

II

Otra vez cúpulas en el poema, otra vez la ciudad.
Las travesías se volvieron copias
de ciudades tocadas sólo por supervivencia,
para regresar a la mía.
Como si ella contuviera todos los números, los secretos,
las pasiones del mundo.
Alguna vez una calle me devuelve el desierto
y cuando oscurece,
las sombras de las bolsas de basura
son instalaciones de museo, que sólo puedo ver
cuando mi memoria agotada olvida el mar, aquellas grúas
detrás de las cercas, la mujer del turbante azul que
me vendió la caja mágica y la oportunidad
de atesorar mis miedos como mariposas atrapadas
en la belleza de su oro.
Hay que aprender la asfixia como se aprende un idioma.
Nadie llorará por la ausencia de las alas contra el cielo.

III

Puerto Viejo es el nombre del café
y hay un hombre en el fondo
fumando en pipa.
Las ciudades se definen en sus puertos
(o en su carencia),
pienso,
en lo inescrutable de los extravíos
y la espera.
Me inquieta este antiguo golpe del corazón,
esta mirada directa de cuando era chica,
que partía en dos los secretos de gente muy quieta
en las habitaciones silenciosas del verano.
Perro entrenado para escribir la luna,
la espero en la huída de esta tarde,
frente a las tipas de la ventana,
como si fuera un puente tendido
expresamente para no regresar
(lo demuelen después que paso, sin ceremonia.)

En este pequeño sitio debo construir algo que se anude,
como un puerto a la ciudad.
Y digo puerto como digo abrigo,
como digo existencia,
erguida sobre la memoria,
orgullosa
como la pintada sobre la pared de la fábrica.
¿Qué es escribir sino modificar la respiración
de las ciudades?
El hombre de la pipa ordena sus cosas para partir.
Tiene ojos duros,
como cristales de botellas,

preparados para el calor y la soledad:
un personaje de London en el trópico,
de camisa gastada
y manos brucas.
¿Debo averiguar su historia o inventarla?
Mientras la noche viene,
me cambio de mesa
para aspirar mejor el olor de la pipa que flota todavía
como un barco fantasma,
sobre las historias muertas,
caídas de brucas sobre los papeles.

«El zorro se comió a la fábula», me grita, la pared.

IV

Este verano se parece a un pueblo todavía humeante
después de un bombardeo.
Del otro lado del río, en la bruma, un bote
está listo para llevarme a la frontera.
Si la metáfora suena dramática, es para proteger
esta ausencia sin brillo,
el riesgo de una soledad en sordina
y a repetición.
Las heroínas no huyen del calor
ni de los muñecos quemados entre los escombros.
Hay que llegar (del otro lado),
y escribir.
Y escribir es despojarme página por página
de un nombre anotado demasiada vida.
Amo este balanceo en la nada,
los recuerdos como linternas en la noche
que atraen a los animales y los alejan de sus cuevas.
Mi cueva es este verano inmóvil, metafísico,
casi reverente.
¿Hay alguien ahí?
No es fácil de entender tanta certeza, duele el mundo
y yo soy el mundo.
Un galpón atestado de maniqués de vidrio,
para verles de lejos y cerca,
los hilos de la repetición.

V

*Bichito colorado mató a su mujer
con un cuchillito de punta alfiler.
Le sacó las tripas, las puso a vender:
«A veinte, a veinte, las tripas calientes de mi mujer»
copla infantil anónima*

¿y dónde empezó la historia?
«¿Dónde están sus monumentos,
sus batallas,
sus mártires?»
Viajo para encontrarme con aquella crueldad
y aquella fuerza
de los sufridos gomeros en los balcones.

Ningún mar,
ningún pájaro,
ningún acantilado.

Mojo la pluma en el tintero y calco reinos de pesadilla
sobre un hule floreado.
Busco el lugar del resplandor
entre muebles demasiado grandes para la habitación.

Así después caminaré pueblos
casi ocultos por la melancolía del sábado,
con infaltable perro solitario, esperanzado y ocre
(del color de la tierra, del color de la piel)
esperando una flor en el tacho del traspatio,
el almuerzo del domingo
y un lagarto que fosforesca como la música de ayer.

Un ómnibus infinito entra en la noche,
cada vez más rápido,
cada vez más profundo
y deja atrás autopistas silenciosas,
caballos, bahías apacibles,
ciudades acunadas por un viejísimo rumor
que creo reconocer
en algún punto de algún lugar del mundo donde la canción
— la sombra de la sombra de la vida—
no signifique el lujo de la victoria,
bajo otra luz que no sean las estrellas.

XIII

La sombra del árbol cae sobre la ventana
y la mujer sorbe su café dentro de un cuadro de Hopper.

Nada puedo perdonar.

Ni su escote, ni que no levante los ojos para
hermanar su soledad de verano sin humo,
ni sus piernas cruzadas como cubiertos sobre el plato
en una cena tardía, inmóvil, sin conversación.

Este calor lo corrompe todo, deja manchas
en las hojas y en las maderas.
La pesadilla de la noche anterior persiste el día entero
como un ácido, como una gota de sangre vieja.
Es la derrota de mi propia casa
llevada en andas por enemigos invisibles durante
la estación cálida.

En una leyenda habría una conspiración:
la mujer y yo compartiríamos un hombre o un delito.
Huiríamos juntas, por las calles más escondidas del puerto
entre edificios demolidos y ventanas tapiadas.
Y la vida seguiría siendo este enigma ordenado,
esta resaca de todo fulgor, la búsqueda de un reducto
para reponerse de los errores.

En un rincón de la ciudad dormida,
sobre el escenario de un sótano,
al fin improvisamos un diálogo de seda,
prisioneras de las cinco personas -remotas-
en la oscuridad.

¿Nos volveremos más bellas bajo el spot?
¿Más serenas?

Conozco esta ciudad de epopeyas secretas y renunciadas.
Conozco esta hora en que el poema empieza a
escribirse bajo las uñas
y pagamos por una ventana que da a un pavimento
aceitado
donde el miedo puede recostarse contra la luz.

XV

Cuando el otoño llegue va a empezar la novela, dice,
si el poema no la invade
y cataliza las novelas del mundo sobre el papel.
No puede sino mirar la lentitud del verano
como a un personaje que vigila el desorden y al poema,
como a un registro de los que amaron el exilio.

Diosa inmovilidad, acaba por crear espejismos:
la ciudad resplandece de deseo como un moribundo.

¿Por qué el otoño?
¿Por qué la novela?

El plan se asemeja en todo a la felicidad
(ese lugar engañoso de las perdices en los cuentos)

De las ruinas del macadam del puerto, brota
una flecha que desgarrar el día:
una mujer joven cruza la calle, consciente de su blusa
y de los bordes dentados de su plenitud.
Parece fijar el tiempo en la geometría alada de su paso.

¿El poema es sólo hijo del azar?
¿De tanto decir agua saciará su sed?

La mujer espera el otoño como se espera un sortilegio.
Mientras el poema no irrumpa
preguntando por el lobo.
Mientras el azul ácido de su aerosol
no disfrace los imposibles de constelaciones.

XVII

Estamos otra vez en esa galería espejada
donde nos conocimos.
Esa mujer no ha cambiado, parece tener fiebre
y un revólver en la cartera por si alguien
sale con la palabra fiesta.
(¿Uno ama en el otro lo que es?)
En balcones grises y cocheras sin autos
bailábamos a punta de hastío hasta el amanecer:
adolescentes cazadas como tigres
desde su nacimiento.
Acordonadas, asediadas, acortadas, embestían
una línea tan precaria como la de su sombra.
En la única foto que quedó
nos tomamos de la cintura contra un fondo de opereta.
Los vestidos son toscos, las sonrisas necias,
pero hay algo en los ojos,
algo que golpea como un picahielos
y nos separará de la soberbia, nos raspará el hollín.

Plantas que crecen en el corazón.

En una casa vaciada los chicos se refriegan contra
nuestros pechos donde la oscuridad no admite confusiones:
Son bellos ,son tontos, nos necesitan
como a las enfermeras en hospitales de campaña.

Vas a tocar un piano y yo voy a cantar.

Y para siempre, la felicidad
no podrá dejar de ser amarga y dócil, asociada
al terciopelo, a las sienes húmedas y a la pasión encapsulada.

Ah, vamos a brillar, a movernos con estrépito,
y a desarmarnos de golpe, casi anestesiadas.
A cruzar el porvenir con el deseo de un aire malsano
para un paisaje en donde siempre anochece.
(el sol no importa,
el sol trae moscas,
ya habrá tiempo para el sol.)
Las brujas vigilan nuestros prendedores
en alhajeritos de cuero
sobre las repisas.

Vas a soñar con trenes y yo voy a partir.
Y todas las ciudades estarán custodiadas por leones.

Tu voz está hablando ahora, es tu voz arrasada.
Y es como si estuviéramos muertas,
desnudas sobre la baldosa o el mármol.
—No puedo ser tu personaje dice tu voz—
no te traicioné lo suficiente.

Indice

B

Black Mask 33

Bulgaria 41

C

Campo quemado 24

Carta 17

Cónsul honoraria 37

Cónsul honoraria II 38

E

El canje 36

El centro del mundo 29

El muelle 47

En ninguna parte 31

Escalera de incendio 27

H

«Hotel de France» 22

I

I 49

Iconos 25

II 50

III 51

Isla Tortuga 16

IV 53

L

La dama del mediodía 15

La equilibrista 14

La muerte de la imaginación 35
Los juegos de Alicia 13

M

Mayo 44

Mi hija escribe desde Londres 34

P

Pasillos de hospital 28

Postdata 26

S

Simbad en la taza 21

Sobrexposición 32

T

Transparencias 19

V

V 54

Verano de 1954 30

VI El buzón 56

X

XIII 57

XV 59

XVII 60

Y

Y si hubiera nacido hombre 11

Este libro se terminó de imprimir en Bogotá el 10 de Enero de 2005 en los talleres de Arquitrave editores y fue encuadernado y empastado a manor por Ricardo Aguirre.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade

Affonso Romano de Sant'Anna

Charles Bukowski

T.S Eliot

Carlos Jiménez

Ferreira Gullar

Konstandinos Kavafis

Charles Baudelaire

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Du Fu

Manuel Bandeira

Lawrence Ferlinghetti

Elkin Restrepo

Harold Alvarado Tenorio

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva